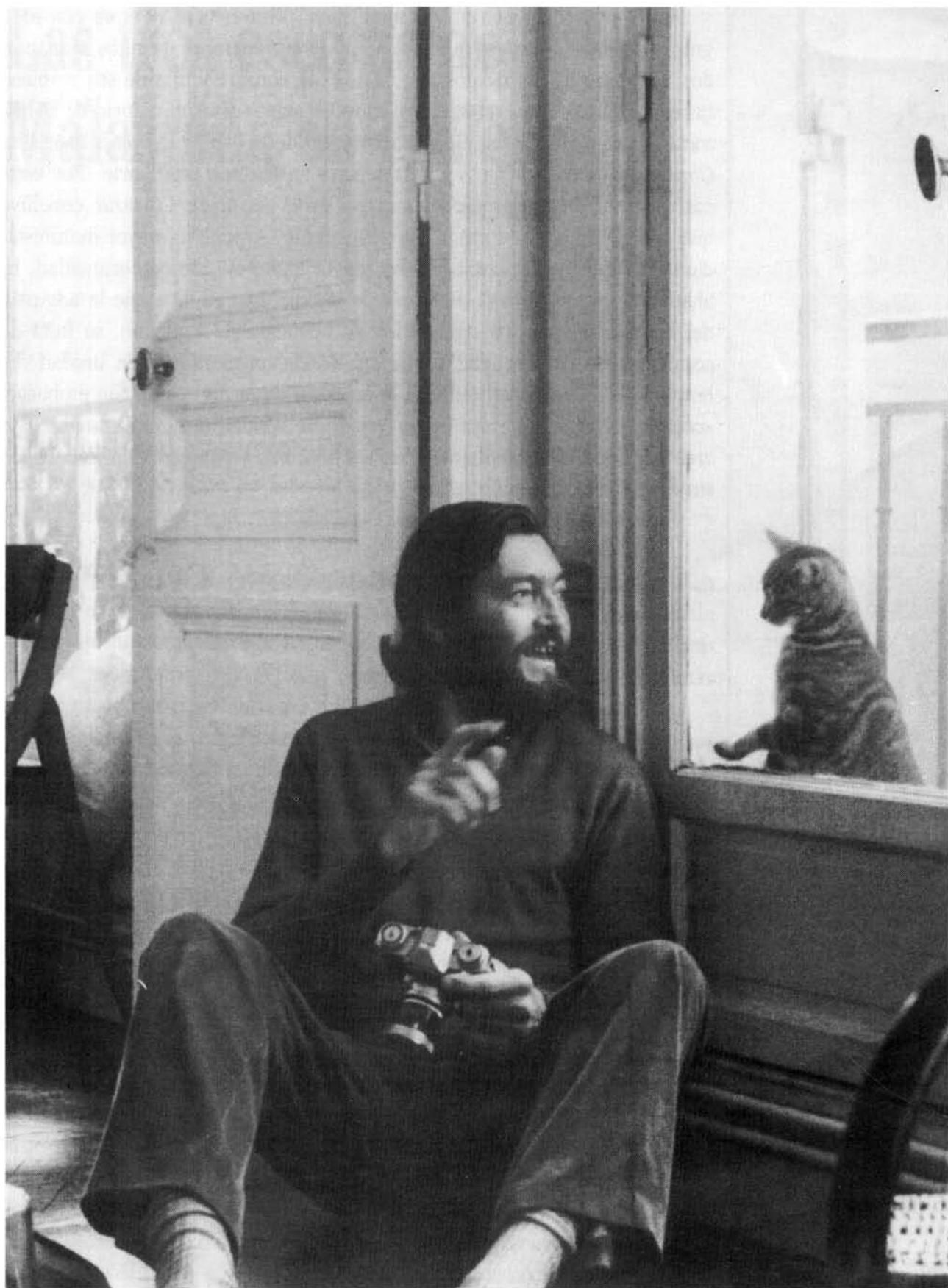


decepción o de la felicidad...». A partir de aquí, Cortázar analiza algunos relatos de escritores rioplatenses y expone sus diversas actitudes frente a lo fantástico: desde el enfoque intelectual en Borges al humorístico de Bioy Casares. Sin embargo, todos comparten la tendencia de no poner barreras entre lo real y lo irreal. En contundentes y rápidas líneas reivindica las obras de Silvina Ocampo, Anderson Imbert y Felisberto Hernández. Más que dos textos complementarios, «Notas sobre lo gótico en el Río de la Plata» y «Estado actual de la narrativa en Hispanoamérica» puede decirse que son partes de un mismo texto. Las redundancias que uno hace del otro y la inexactitud de ambos títulos —el primero debería encabezar el segundo texto, cuyo título abarca mucho más de lo que desarrolla— vienen dadas por su condición de conferencia. De ahí su aire de espontaneidad, que no le impide la claridad y precisión de sus ideas, aunque expuestas de modo no sistemático. Las continuas implicaciones personales al tema de su comentario, así como el coloquialismo expresivo, acercan a «Algunos aspectos del cuento», «Notas sobre lo gótico en el Río de la Plata» y «El estado actual de la narrativa en Hispanoamérica» a muchos textos de *La vuelta al día en ochenta mundos*, aunque en estos últimos la transgresión del discurso en diversas formas resulte mucho más exacerbada.

La amplitud de intereses temáticos de esta *Obra crítica* no ha querido dejar fuera un numeroso conjunto de textos menores que van desde el homenaje circunstancial, pasando por el escrito de compromiso político, sin más alcance que el que marca la prisa del momento, hasta la escueta reseña de libros. Refiriéndome a este último caso, Cortázar publica en *Cabalgata* (1947-1948) numerosas críticas literarias, cuya mayoría no pasa de la mera reseña, donde el trazo de líneas generales y expresiones comunes del género no desenfocan el comentario ni desorientan al lector, pero tampoco lo iluminan de modo especial y decisivo. La brevedad del comentario no le priva en más de una ocasión de la precisión. Casi siempre consigue el propósito que debe guiar una buena reseña: justificar la lectura del libro, destacar sus logros y explicar de qué trata. La variedad de sus lecturas no suele definir sus gustos íntimos. Más bien revela oficio de lector que sabe escoger libros dignos de ser comentados. A veces, no se explica que resalte algunos como la versión reducida de *El Quijote* por Gómez de la Serna, debido a las exigencias más que estéticas de Cortázar y su rechazo de la literatura fácil o comercial. Sin embargo, sí hay momentos en que se descubren gustos de Cortázar e incluso algunas ideas expresadas con mayor rigor y amplitud en *Teoría del túnel*. Por ejemplo, al hablar de algunas obras de Eugene O'Neill, dice de éste que va más allá de la estética y la literatura, introduciéndose en las dimensiones abismales del hom-

bre. También, en este sentido, está el comentario de *El incongruente* de Gómez de la Serna, resaltando en muy pocas líneas el divertimento de dicha novela, su absoluta libertad hasta el punto de que puede empezarse por donde se quiera. A pesar de lo genérico de las reseñas, descubrimos a un lector despierto y de aguda inteligencia para relacionar obras y valorarlas adecuadamente. En este sentido, su ecuanimidad se ve en los comentarios a Luis Cernuda, Leopoldo Lugones y Alberto Girri, de quien destaca su sobriedad expresiva, su capacidad de ceñimiento antimetafórico y concluye diciendo que es ya, en 1948, «Un poeta necesario».

Aludiendo a «Algunos aspectos del cuento», Jaime Alazraki señala en su prólogo que «su estilo deliberadamente antisolemne y una cadencia más próxima a la ficción que al carácter expositivo del ensayo, está ya dentro del ámbito de sus ensayos más maduros recopilados en *La vuelta al día en ochenta mundos* y *Último round*». Alazraki distingue acertadamente las características formales y de actitud frente a la página que Cortázar mantiene en sus trabajos críticos anteriores a *La vuelta al día en ochenta mundos* y a partir de este libro. Sin embargo, a mi juicio, esta distinción no debe permitirnos afirmar que los trabajos de *La vuelta al día en ochenta mundos* y *Último round* representan el máximo grado de madurez como ensayista, siendo para mí que la mayoría de los textos publicados en estos dos libros transgreden el llamado género ensayístico hasta incluso convertirse, en ocasiones, en una parodia de dicho género, en que la exacerbación del juego hubiera divertido al propio Cortázar, pero a mí, al menos, llega en más de una ocasión a resultarme anodino. Por lo que acabo de apuntar, la comparación entre lo que llama Alazraki ensayos académicos y los trabajos de *La vuelta al día en ochenta mundos* y *Último round* no procede, ya que los primeros, sean o no académicos, sí pertenecen al género ensayo, mientras que los segundos suponen una ambiciosa apuesta transgresora de los géneros, en la que uno de los elementos intervinientes en ella viene del ámbito ensayístico. Como he tratado de mostrar, los ensayos mayores de esta recopilación dan, a mi juicio, el tono y la penetración del ensayo verdaderamente maduro, como, por ejemplo, la impecable lectura totalizadora que Cortázar lleva a cabo en «La urna griega en la poesía de John Keats», donde distingue la visión que de Grecia tenían el clasicismo y el romanticismo, a la vez que estudia el conocimiento personal del poeta inglés del mundo griego, comprobando la fuente de información y analizando su forma de acercamiento. Así, la lectura del poema «A una urna griega» resulta extraordinariamente reveladora tanto por la sensibilidad de lector que tenía el argentino como por los datos culturales que aporta, no para exhibir una pedante y hueca erudición, sino para armar una visión armónica del poema.



Esta *Obra crítica* vuelve a demostrarnos, como ocurre siempre con todo gran trabajo ensayístico, que el arte no es un capricho de unos inadaptados, sino uno de los riesgos más serios del hombre y una de sus respuestas más contundentes y lúcidas al avance ciego y discriminatorio de la historia. La fe de Cortázar en el hombre no decayó nunca, como toda esta *Obra crítica* nos enseña, y dicha fe está sustentada en el arte. Por esto, casi al final del esclarecedor ensayo *Teoría del túnel*, Cortázar concluye que la quiebra de las formas estético-verbales supone la mayor manifestación de angustia del hombre y su mayor signo de contemporaneidad. El argentino sale al paso de la teoría de Weidlé, que explica que la angustia del hombre de nuestro siglo refleja la nostalgia de lo divino, su falta de conexión con esa realidad profunda. Weidlé propone que la unidad del hombre se recupere volviendo a la creencia en la divinidad. Sin embargo, «contra el llamado a misa de un Wladimir Weidlé, el hombre angustiado cree posible alcanzar cohesión con los hombres y contacto con lo cósmico sin recursos vicarios».

**Francisco José Cruz Pérez**

